

Instrucciones cómo organizar tareas de secretarios

Después de haber trabajado tres años, Bogdánov ya tenía bien en claro: todo lo que le rodeaba en la comunidad del aparato administrativo era un medio hostil, además, todos los que le rodeaban eran casi enemigos. Nadie jamás se brindaba y le decía: "Toma, Serguey, usa este borrador como modelo para el informe, o lleva este resumen y mastica las nuevas cifras referidas a las empresas"... Nadie se ofrecía a toda prisa colaborar contigo para realizar los proyectos que proponían los directivos, incluso si su nombre figuraba en la lista de los responsables. Es que, cualquier organismo viviente, demasiado rápido aprende una realidad extremadamente simple: de una larga lista de nombres es responsable sólo aquel, cuyo apellido se encuentra en la primera línea, los demás figuran únicamente para comodidad del trabajo.

De cada uno hay que esperar sólo lo malo. Del que declara o manifiesta, una carta reiterada; de los vecinos, una doble queja en absoluto por cualquier motivo; de un colega, la competencia en el ascenso; de tu jefe, un montón de tareas; del secretario del comité del partido, solamente reproches; de los directores de empresas, cartas a la KGB distrital de que Bogdánov, en los

encuentros y conversaciones con personal ejecutivo de la empresa, dificulta la realización de tareas económicas y acciones de contraespionaje.

Por ello lo que se afirmaba celosamente en la psique de Bogdánov era el sentido agudo del peligro y su capacidad de percibirlo en la más mínima manifestación en el comportamiento de la gente que lo circundaba: por la mímica, los aromas y sonidos. Por todo aquello que pueda moverse y modificarse. Pero lo más importante era no inmiscuirse en nada, y si ocurre algo, de inmediato pasarse a la acera de enfrente.

—¡No pretendan destacarse! —gritaba a los novicios poco inteligentes el jefe de sección del partido, Sokolov—. Nunca pretendan adelantarse. Si caen en un fracaso, ¡de inmediato conviértanse en “transparentes”! De otro modo, es petulancia—. ¿Quién eres tú? —Preguntaba imitando a un héroe de la película “Chapáev”. —Tú no eres jefe de los comunistas, sino un simple instructor. No tienes ningún poder. No puedes dar ninguna orden o resolver algo. Puedes solamente dar consejos y controlar... Pero, ¿qué es lo más divertido? ¿En qué consiste el misterio y, seguramente, también la alegría de nuestra existencia? Reside en el hecho de que ese mismo poder surge en un instante de la nada, cuando tu papel escrito ha sido firmado por aquél que en esos momentos tiene ese papel... ¡En eso consiste el momento de la realidad! Además otra cosa: ¿ingeniarás o no conservar las cualidades humanas encontrándote en nuestro serpentario?

Por cierto, cada uno llegaba a comprender la realidad en su momento, unos lo lograban más rápido, otros más lentamente. Pero también estaban aquellos que marchaban a velocidad “cero”... La lentitud era compensada con creces. El tipo salía afuera como el corcho de la botella de champaña. Solamente los compañeros responsables de la sección organizativa trataban de frenar la salida de ese “corcho” con las manos, para que el sonido fuerte por vez reiterada no identificara sus errores al seleccionar el

personal. No obstante, el sonido desagradable y un poco atenuado se retenía por mucho tiempo en la memoria de todos los que estaban a su lado.

¿Quién, cuándo y en quién se convertirá? Era sabido casi de entrada. Pero sólo por los jefes. Todo dependía del conjunto de las cualidades personales, de la biografía y de la ausencia de determinados vicios. Por ejemplo, Sokolov provenía del sector obrero. Con toda seguridad podría ascender incluso hasta llegar a ser miembro del Buró político. ¡Pero él usaba camisas que no eran las que correspondían!

—Cualidades bien definidas, como usted comprenderá, valen muchísimo—. Al jefe le gustaba repetir esa verdad sólo porque casi todos y casi siempre deseaban por adelantado saber de todos y particularmente de su propia persona tan querida—. ¡Tú ahora sobre eso no tienes que saber nada! —Habitualmente decía Sokolov al finalizar el tema sobre el futuro. A él le gustaba citar a personaje del filme “Escudo y espada”—. ¡Además, tú no debes saber nada!

Para no cometer errores, no hacía falta andar con ajetreos, sino cumplir exactamente aquéllo que te encomendaron. En cualquiera de los cargos. Además, también los cargos los recibías para realizar cierta “disposición”. Y dónde sea que tuvieras que cumplir esa misma “disposición”, siempre lo más importante es que te conviertas en un “isótropo”, es decir, que en todas las direcciones seas uniformemente flexible y comprensible. Entonces así se te podrán insertar con facilidad en la complicada configuración del siguiente nivel de la vertical del poder.

En cada escalón del crecimiento profesional estaban las omnipresentes secciones ideológicas y organizativas. Ellas eran las que fijaban y analizaban todos los procedimientos y errores, todas las manifestaciones de algo inhabitual, no estandarizado y todo lo que salía de la regla común. Al parecer, no era tan difícil su trabajo, pero

vaya a saber, por ejemplo, qué de ancho debía ser la fúnebre cinta negra en el candelabro de cristal o la medida mínima de las letras blancas en la pancarta roja de unos tres metros. ¿Y si era de dos por ocho metros? Una cinta angosta era un hecho evidente de falta de respeto por una persona “destacada”. Incluso si el personaje no era “eminente”, por el momento sólo “destacado”. ¡Daba lo mismo! ¡Las letras muy pequeñas, en general era una barbaridad! Significaba falta de respeto, porque nadie no podría leer, también se consideraba indirectamente una confirmación de la falta del papel dirigente del partido en la persona del comité distrital y disminución de la importancia de las resoluciones del consecutivo Plenario del Comité Central.

Bogdánov comprendería más tarde que todas esas buenas normas funcionaban solamente en el centro. Pero, cómo todas esas normas funcionaban en el interior, todavía no vio e incluso no se daba cuenta.

En el enorme organismo viviente llamado Estado tenía lugar su propio juego. Se iba un funcionario de rango muy destacado, en su lugar aparecía otro, por el momento no tan “destacado”. El nuevo comenzaba por la disciplina y, particularmente, con la incorporación de miembros del Partido comunista al sistema de la KGB. Al igual que mucho antes, después de la muerte de Lenin, al campo enviaron aproximadamente veinticinco mil comunistas de las ciudades, de las plantas industriales y fábricas, así continuaba ahora...

Bajaron una ordenanza también a los comités distritales. Lo llevaron a Bogdánov. En primer lugar, porque él era vice jefe. Desde otro nivel sería más difícil porque tendrían que buscar un cargo que corresponda a la nomenclatura en los organismos. En segundo lugar, el tenía título de candidato a doctor, además su primera especialidad estaba relacionada con la física nuclear. Además, sabía un idioma extranjero.

Pero, como en todas partes, en las denominadas estructuras militares siempre se da algún punto débil. Se trata de que un pequeño detalle puede cambiar todo.

—¿Usted está de acuerdo ir a trabajar con nosotros?— le preguntó a Bogdánov un hombre obeso con charretera de general.

—¡Sí! Estoy de acuerdo. Es un gran honor y a su vez..., gran confianza.

—¿Usted comprende que es totalmente otro tipo de actividad, que tendrá que estudiar?

—¡Sí! Comprendo. Estoy dispuesto.

—¿Cómo anda de salud?

—¡Bien!... Es decir, de salud estoy bien...

El General por fin levantó la vista y detenidamente miró al funcionario del comité distrital del partido, después dirigió su mirada al capitán que estaba parado a su lado, y dijo: “Hágalo chequear por nuestros médicos”.

Resultó que un ojo de Serguey veía un poco menos que el otro, por media dioptría. Pero seguramente era el ojo que se necesitaba más para afinar la puntería. ¡Eso era todo! Aquí crepitaban los planes y gráficos aprobados para la selección de personal. Tuvieron que enviar a Moscú una especie de consulta, pedir autorización para infringir un determinado punto de la instrucción relacionada con la “vista” de los futuros agentes.

Bien, entre que el asunto se tramitaba, mientras que se hacía el pedido de autorización, mientras que esperaba la respuesta, la vida no podía detenerse. Por medio del Comité Central resolvieron enviar a Bogdánov en comisión de servicios.

Lo mandaron a Afganistán, en calidad de ayudante del consejero por asuntos del partido.

Era una comisión de servicios por tres meses. Tres semanas de estadía en Moscú para unos cursos especiales y luego dos meses en Afganistán. En Cabúl los jefes no anduvieron con muchas vueltas con Bogdánov. Ya al si-

guiente día los consejeros “mushavery” tuvieron conversación con él, le dieron instrucciones, incluso en cuanto a la técnica de seguridad. En el Comité Central del Partido popular democrático de Afganistán, a Serguey le presentaron a su futuro jefe, ex-primer secretario de uno de los comités distritales del partido en Moscú, le hicieron conocer la documentación. Le entregaron una ametralladora Kaláshnikov, un revólver Makárov y una cantidad de literatura propagandística en idioma ruso. Como era lógico, le indicaron los objetivos más prioritarios a realizar...

Después con el equipaje, a su jefe y a él los hicieron subir en un helicóptero y al cabo de unas dos o tres horas ya estaban en el aeropuerto local, aproximadamente a treinta kilómetros de la ciudad Kandahar. En una de las casas en la perifería de esta ciudad deberían pasar unos dos meses.

Los muyahidines allí prácticamente no combatían, sino que simulaban para justificar el dinero que los norteamericanos les daban. De día trabajaban en el campo. Cuidaban las plantaciones de amapola y, cuando oscurecía, comenzaban a tirotear. También disparaban de día, pero no de modo agresivo para no matar a todos, porque de lo contrario no habrá después razones para cobrar sueldos.

Tal era la suerte del consejero y de su ayudante. Allí, donde ellos vivían, con más probabilidad podían recibir un balazo o una granada por la ventana de su “propia” gente local, es decir, de los representantes extremadamente radicalizados de otra fracción del Partido Democrático Popular de Afganistán (PDPA), los pastún. Eso ocurría toda vez cuando el comité local ni bien sacaba alguna resolución que a ellos no les gustaba. Pero en el comité la mayoría era de otra fracción, moderada progresista, es decir, los parcham.

Serguey vivía con su jefe en una pequeña y poco llamativa casa de piedra con una habitación, una sola salida y dos ventanas. Así resolvió el consejero: “Lo principal es que no vivamos en un hotel. Allí muy pronto nos des-

cubrirán los que nos necesiten y también los que no nos necesiten”. La puerta de la casa estaba bloqueada y desde adentro estaba recubierta con sacos de arena. Las ventanas estaban cerradas con hojas de metal. Sólo una se podía abrir. Una vez por semana directamente en la casa, en el suelo de tierra, el consejero quemaba toda clase de documentos. En esos momentos con mucho cuidado se podía entreabrir una ventana. El mal olor a podrido de inmediato se mezclaba con el aire caliente que entraba desde afuera. Bogdánov, a través de la rendija en la ventana, miraba de un lado a otro, para detectar si alguien veía el “poquito” de humo que podía salir por debajo del techo de la casa poco atractiva.

A propósito, por esa misma ventana el consejero salía fuera directamente a una máquina blindada de transporte. Bogdánov se quedaba en la casa escribiendo en una máquina portátil marca “Aurica”, además solía dibujar toda clase de tonterías. Tenían una reserva de papel no muy abundante, pero el consejero cada día la reponía. Las hojas de papel eran muy finas, casi transparentes, en cambio papel carbónico había suficiente, como para tirar. Era posible copiar cinco o seis ejemplares por vez. Tanta cantidad de papel él no gastaba en toda su vida. Para Serguey eso significaba una sola cosa: con esa cantidad de papeles querían obligar a la gente a vivir de una manera nueva...

Muy cerca de allí también había sectores extremadamente tensos. Muy cerca de allí había heroísmo, pero de éste, maldito, dónde ocultarse. No obstante, lo que más ponía mal a Bogdánov y a su jefe era la falta de comodidades en la vida diaria. El baño estaba en el interior de la misma casa, directamente en el piso había un simple pozo. No había forma de escapar del sofocante calor y el mal olor. El consejero al menos algunas veces entraba en los despachos oficiales grandes con aire acondicionado, ¡sin embargo aquí era para morir! Había muy poco agua potable limpia. Alcanzaba sólo para beber. Para la-

varse se usaba otra agua, que tenía un color caqui. Pero existía otra plaga: los piojos y las pulgas... ¡Ni el vodka ayudaba! Ni por afuera, ni por adentro.

Para Serguey la nueva vida en el nuevo lugar comenzó con la orden: “No hay que salir afuera de la casa. ¡Puede tener consecuencias negativas!” Lo único necesario era trabajar unos dos meses en la especialidad, es decir, ayudar al consejero a preparar los discursos para él o para el dirigente de la célula local del partido, llenar los diversos casilleros con esquemas, trazar la estructura de la organización del partido en el centro regional, las respectivas instrucciones, también mecanografiar informes para los suyos. Con la gente de la localidad se podía contactar únicamente por medio del traductor, del jefe de la organización del partido y su vice.

Con los oficiales militares soviéticos era mejor no entrar en contacto. Es que ellos no estimaban a los consejeros. Además, no les diferenciaban, si eran militares o políticos.

Ya tarde de noche el consejero regresaba a casa y entraba de la misma forma: a través de la ventana. Traía comida, papel y agua potable. Eso era lo principal. Después juntos revisaban los documentos que había confeccionado Bogdánov. El consejero muy cuidadosamente los colocaba en su portafolio metálico. Después cenaban. Antes de dormir, entrando lentamente en un estado de relax, el jefe temporario durante prolongado tiempo le contaba a Serguey Bogdánov las diversas sabidurías de su trabajo.

De las conversaciones nocturnas Bogdánov comprendió que el problema radicaba en el hecho de que en Afganistán no existía ningún partido comunista en general. El mismo, como tal, casi nunca existió. Después de su fundación, en la década de los años sesenta, se dividió de inmediato en dos fracciones, además ninguna de las dos lograron crear su base propia entre la población musulmana creyente.

—Cuando introdujeron las tropas del ejército soviético, aquí de inmediato aparecieron muchos grupos de consejeros de toda clase, —contaba el ex-secretario del distrito— y después a la ciudad Cabúl comenzaron a llegar unos tras otros especialistas en organización del partido. Supuestamente, para ayudar a estructurarlo.

—A nuestro primer secretario lo trasladaron a Uzbekistán. Pensábamos que él arrastraría consigo a todos. Sin embargo, él regresó y se llevó únicamente al juez distrital, al procurador y al comandante militar.

—Allí no era nada mejor. También se fue por mucho tiempo, y al igual que aquí podían fulminar, —respondió el consejero y luego siguió contando.— Pero allí, por lo menos, estaba nuestra gente... Pero estos de aquí, durante muchos años no tenían siquiera su Estatuto. ¡Vaya, un Partido! Ningún tipo de reglamento, ni instrucciones, ni principios. ¡A propósito!, mientras no me olvide. Las instrucciones sobre la organización de las tareas secretariales, no olvides entregarme mañana antes de la partida.

—¡Sin falta, le entregaré! —le respondió Serguey Bogdánov, comprendiendo que esa era una forma amable de dar la orden para que trabaje toda la noche.

—Lo que sé —continuó el consejero—, es que nosotros no podremos instaurar el poder aquí. No hay con quién. En el centro, todavía vaya y pase. Pero en la provincia, es todo un desbarajuste—, el consejero movió con su cabeza y murmuró para sí mismo. A Serguey Bogdánov le pareció escuchar algo parecido a una grosería.

En un estado de cansancio por hacer una infinidad de cosas en todo el día, el secretario distrital todavía largo rato le seguía contando a Bogdánov todo lo que le preocupaba durante el tiempo en que se encontraba allí, detrás del río Amú-Dariá. El se mostró demasiado franco. Probablemente los peligros diarios y reales modificaron de modo irreversible sus precauciones, muy habituales para los funcionarios soviéticos. Serguey

Bogdánov, después de dormirse el consejero y antes de comenzar a escribir las instrucciones sobre las tareas secretariales, aún por largo rato siguió reflexionando sobre las palabras del consejero.

Detrás de la pared de la casa se oyó el pataleo de caballos y susurro apagado en idioma pushtú. Serguey inmediatamente tapó con trapos el taburete puesto pata arriba, en el cual había una lámpara a kerosene. De un salto se acercó a la ventana. Corrió un poco la hoja de metal y por la pequeña rendija miró afuera. Estaba oscuro, pero por el sonoro resoplar de los caballos y el repique de las armas, comprendió que a unos cien metros de la casa, estaban dando vueltas unas 40 personas muyahidines. En aquel lugar se encontraba un hotel, donde vivían los dirigentes de secciones de la organización local del partido, varios consejeros militares y toda clase de visitantes de la capital. Bogdánov pudo ver fuertes destellos de los tiroteos y un poco después se oyeron ráfagas de metralladoras.

El consejero ya estuvo a su lado. Cuando no bien se oyeron los tiroteos, él de inmediato se despertó y logró ocupar un lugar en la ventana, al costado de Serguey. Ahí siempre tenían listas dos metralladoras automáticas y cuatro granadas.

— Y qué, ¿escribiste la instrucción? —inesperadamente preguntó el jefe, mirando por la rendija en la ventana cerrada los movimientos de los muyahidines. Ellos continuaban lanzando tiros a las ventanas del hotel, pero tenían miedo de entrar en él.

—¿De qué instrucción me está hablando?

—Respecto del manejo de los documentos secretariales...

El consejero un tanto nervioso empezó a reírse y en la oscuridad se puso a buscar con las manos por el piso el portafolio de metal. Al final lo encontró, luego lo abrió y sacó un aparato telefónico de comunicación satelital y la respectiva antena.

—¿Consulado? ¿El guardia de turno?... Le habla el número 15... Cerca de nosotros están atacando el hotel... Nosotros estamos bien... Sí... No, nos descubrieron... Esperamos. —El consejero cerró su aparato telefónico y lo dejó junto al portafolio.

“He aquí, por qué era de metal —reflexionó Serguey,— y yo que pensaba para que no se quemaran mis papeles.”

Estaban en el suelo cerca de la ventana y esperaban. Absolutamente mojados. Sería por el calor y por el miedo. Bogdánov, aunque se preparaba psicológicamente para semejantes situaciones, no obstante, no las tomaba en serio. No podía creer que todo eso estaba ocurriendo en la realidad. ¡Más aún, con él!... Puesto que él no salía afuera para nada, cómo le habían ordenado, no disparó contra nadie, y, en general, vió la guerra únicamente en el cine.

Ambos estaban acostados, apoyadas sus cabezas sobre las ametralladoras Kaláshnikov, esperando ver qué pasaría más adelante. Se iniciaría un tiroteo o los muyahidines, como comúnmente ocurría en esos lugares, tiroteaban un poco y luego se iban. El consejero y Serguey estaban esperando a los suyos y procuraban no pensar en que los podrían ver, o aún peor, que ya se enteraron de su “fortaleza”. Ahora terminarán con el hotel y vendrán a tratar con ellos... ¿Qué significan dos metralladoras automáticas contra esa banda de guerreros narcotizados y armados desde los pies a la cabeza?

Pero la batalla comenzó. Se acentuaron los disparos. Ya quemaba el flanco izquierdo del hotel. Bajo las ráfagas de las metralladoras, los huéspedes del hotel saltaban por las ventanas. Se veía muy bien cómo la gente corría en distintas direcciones, cómo cayeron unas cinco personas y ya no se levantaron más. Los muyahidines comenzaron a tirotear con metralladora. Por lo visto les habrá gustado. A la izquierda, en la pared de la casa vecina, iluminada por las llamas del incendio, se vieron dos sombras. Dos personas corrían agachadas, sin responder a los ti-

roteos, en dirección a su casa. El destello producido por la explosión de una granada, por un instante iluminó a los que iban corriendo. A Bogdánov le pareció que eran rusos, con las cabezas descubiertas, además, no tenían uniforme militar, sino chaquetas oscuras iguales. “¿Por qué iguales?” —Le surgió ese interrogante en la cabeza de Serguey. Toda la atención se concentró en la suposición de cuándo esos dos aparecerían junto a la casa.

Bogdánov, sin preguntar a su jefe, recorrió un poco la hoja de metal en la ventana y gritó a la oscuridad: “¡Hacia aquí! ¡Rápido!”

—Pero no se te ocurra tirotear —le dijo el consejero poniendo su mano en la metralladora de Serguey. En un instante las dos personas se encontraron en el interior del refugio de ellos.

—¿Qué olor insoportable! —lo primero que oyeron en ruso Bogdánov y su jefe, y sólo después— ¿Quiénes son?

—Y ustedes, ¿quiénes son? —preguntó el consejero.

—Nosotros venimos del hotel, —enfáticamente prorrumpió uno de los huéspedes, el más alto y con bigotes. Por lo visto, el principal. De inmediato, no bien entró en la habitación, se acostó en el suelo al costado de la ventana, echó una mirada al moblaje de la guarida, vió los paquetes de papeles en una mesa torcida, la máquina de escribir, y sólo después comenzó a mirar detenidamente a los dueños del casual albergue. No llevaba armas. El otro tampoco. —Ustedes seguramente son “funcionarios políticos” —dedujo el “principal”—. Yo siempre capto cuando a mis espaldas se da la respiración pareja de nuestro querido partido—. Después, como si hubiera recordado algo muy importante, giró bruscamente la cabeza en dirección de su compañero. —Saña, fíjate bien. Ellos pronto se calmarán...

Aquél, a quien el bigotudo llamaba Saña, estaba acostado al otro lado de la ventana, junto a Bogdánov. El, sin necesidad de que le digan, estaba mirando sin distraerse en dirección de la plaza ante el hotel, dejando a su jefe la

carga de las negociaciones diplomáticas con los dueños. En ese momento el “principal” descubrió el aparato telefónico e intentó acercarse al mismo...

—No seas atrevido, compañero—, por fin murmuró el consejero.

—Necesito avisar —justificándose dijo él de bigotes.

Bogdánov, intercambiando miradas con el consejero y sin pronunciar una palabra, reflexionaba mentalmente: “Por la manera de actuar, por el atrevido comportamiento y su convicción se adivinaba que eran militares. Quizás no alcanzaron a ponerse el uniforme... Aunque se pusieron los trajes... No son de los nuestros, es más que seguro. El consejero lo hubiera sabido ¡Vaya a saber! Pero, aparentemente están sin armas... Pueda que sean de la división especial de la guarnición. O tal vez, recién llegados. Da lo mismo, sin dudas, deben ser del servicio secreto.

Era así, de inmediato los unos y los otros se descifraron. Era el resultado de la experiencia. Además, consecuencia del agudizado presentimiento del peligro. El mismo, como ninguna otra cosa, muy rápido hace circular el pensamiento por las neuronas del cerebro y genera el resultado.

—Ya avisamos. Estamos esperando —reaccionó Bogdánov. El se levantó de su lugar en la ventana y se dirigió donde estaba su atrevido huésped. El consejero en ese momento, a fin de evitar cualquier sorpresa, comenzó a guardar su aparato telefónico en el portafolio. En tanto el compañero del bigotudo, al escuchar la conversación y mirando en forma continua el objetivo por la ventana, comprendió, que ellos al final habían llegado a los suyos. Sólo una cosa, al parecer, no le dejaba tranquilo. Todo el tiempo contraía la nariz y movía la cabeza, como si pretendiera eludir algo. Ese debía a que en esa fortaleza muy circunstancial, en todo el ambiente predominaba un olor a materia fecal y a pudrición...

Después de unos cinco minutos, aunque parecía que pasó no menos de media hora, la batalla detrás de la hoja

metálica en la ventana, comenzó a mermar. Por la rendija se podía observar cómo los muyahidines se agrupaban y se iban en dirección a los límites de la ciudad. Ellos su trabajo lo hicieron, el dinero prometido lo justificaron con honestidad y con resultados. Ahora ya podían relajarse.

El que quedaba mirando por la ventana, se dio vuelta en dirección de la lámpara a kerosene, se estiró e incluso bostezó. Probablemente era una reacción nerviosa. La lámpara, tapada casi de todos los lados con trapos tirados sobre un taburete colocado pata arriba, dejó pasar un poco de luz tenue en Serguey, quien se acercaba al huésped principal.

—Espera. Permíteme que adivine —el bigotudo detuvo su mirada en Bogdánov y ya no lo perdía de vista. Las puntas de los bigotes de pronto se levantaron, en la penumbra de la habitación oscurecida brillaron resplandecientes sus blancos dientes.

—Este es, por ejemplo, Serguey... Incluso sé su apellido...

—Lisochkin. ¡Yuri! ... ¡Tonto de remate! —Ahora también Serguey recordó donde antes él había visto esos bigotes. Pero, de ninguna manera en lo de Saddam Hussein, pues.

—¿Pero, por qué de entrada me dices “tonto de remate”?

—¿Porqué andas vagando donde no corresponde?

—¡Vaya tú, con ese reproche! ¿Porque eso de andar por cualquier lado? Precisamente estoy allí, donde hace falta. Espera un momento... ¿Cómo se decía ahí? Si la gente camina hacia adelante por el camino principal y no serpentea por los caminitos secretos...

—Ellos sin falta se encontrarán... Pero, tú..., —exclamó Serguey y ambos se estrecharon en un abrazo. Después se rieron despacio y al instante ambos se pusieron a silbar la conocida melodía del filme “Voluntarios”.

—Bueno, estimados amigos —el consejero de pronto recordó que él, de todos modos, era el primer secretario del comité distrital del partido y no un simple funcionario

cualquiera de la Comisión Extraordinaria, o incluso, jefe de la dirección distrital del Servicio de Seguridad del Estado. —Como comprendo, afuera todo terminó. Por lo tanto les doy cinco minutos para terminar las conversaciones, después cada cual a su casa—. El se levantó y, para afirmar mejor su autoridad, levantó del suelo la ametralladora. —Nosotros no los vimos a ustedes y ustedes a nosotros. Tenemos nuestras instrucciones. Y las de ustedes... Bueno, las de ustedes son aún peores... De pronto llegará la ayuda... Después no alcanzará papel para las explicaciones.

Lisochkin comprensivamente miró al consejero, después se dirigió a su Saña, levantó el dedo índice, y con una sonrisa movió el dedo como diciendo: el partido todo lo dice muy bien. ¡No puede ser de otro modo!

Yuri y Serguey estaban sentados en cuclillas, como unos verdaderos afganos, y al no ver nada a su alrededor, seguían intercambiando sus recuerdos pasados. Los dos hablaban al mismo tiempo, no obstante, escuchaban y se comprendían. Ellos complementaban datos informativos sobre los compañeros de grado. Que era cosa común y normal. Recordaron a todos, rápido y sin emociones, como si hiciesen un trabajo. Exactamente en cinco minutos.

Al cabo de cinco minutos los huéspedes inesperados se levantaron, con reserva se despidieron de los dueños de casa con un apretón de manos, luego Saña corrió la hoja de metal, y los dos desaparecieron en la oscuridad.

“¿Y qué? ¿Acaso no es un tipo macanudo mi jefe? —una vez más pensó Bogdánov—. ¡Y qué macanudo! ¡Jefe con mayúscula! No escuchaba a nadie y siempre repetía aún estando en Cabul:— No necesitamos un hotel. Vamos a vivir aparte, en alguna casa abandonada y semidestruida... Aunque fuera en un basurero”.

—¿Qué tiene que ver la instrucción? —De pronto Serguey Bogdánov se acordó cuando terminó de elogiar a su jefe.

—Lo dije por decir... Sin embargo es un arma de aniquilación masiva... Cuántas vueltas hemos hecho con ese papel... ¡Una simple modificación de dos líneas en el Estatuto! ¡Y fue todo! El partido se transformó de los pies a la cabeza. Cuando en un mismo lugar figura la preparación de resoluciones y el control, obligatoriamente espera el comienzo de las infracciones, después, la corrupción y, al final, la crisis... Con ése... —el consejero señaló la ventana— ¿junto estudiaron? Es un muchacho bastante atrevido.

—Un mismo patio. Un mismo grado —respondió Bogdánov—. Sin embargo, qué destinos... El se acordó de lo que le acababa de decir Yuri Lisochkin sobre el amigo de infancia, Vladimir Spivak, y se calló.

Resultó que los suyos esa noche no vinieron. El hotel se quemó por completo. A los percidos los recogió la policía local. Por la mañana los militares de la guarnición vinieron en un automóvil marca "GAZ". Salieron dos personas, caminaron, miraron y sin decir nada se retiraron.

En torno al lugar donde se encontraba el hotel, durante un largo tiempo, andaban dando vueltas y se entretenían los chicos de la zona.